

¿CUÁNDO EL HOMBRE PRIMITIVO ADQUIERE CONCIENCIA DE LA MUERTE ?

Marcos Winocur

Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades
Universidad Autónoma de Puebla

La muerte, esa vieja enemiga, irrumpe un día en la conciencia. ¿Hasta qué punto ha avanzado entonces el proceso de hominización y cómo viene a ocurrir esa adquisición consciente de la muerte? Tal es la pregunta que motiva estas notas como preocupación filosófica.

En el origen del hombre está el hombre mismo, su anatomía y su conducta. Pues ¿de dónde extraer la medida para operar los cambios que le convirtieron en hombre?, a partir de sí mismo, de su heredada animalidad contrastada al medio. ¿De qué manera?, desarrollando las inclinaciones humanoides ya manifestadas en los primates, y que singularizan a éstos respecto del resto de los vertebrados.

La ruptura

Tal vez el primer paso sea incorporar al deambular arbóreo el desplazarse por el suelo, multiplicando así las posibilidades de encontrar alimentos y la variedad de éstos, pero también los riesgos se multiplican, en especial frente a los animales carnívoros. Quien así se vale de dientes y pezuñas, mejor hará en liberar dos extremidades y usar musculatura y agilidad.

La mejor posición para la defensa, a partir de la anatomía de un primate, será pues la erecta. Y también para el alerta. Basta advertir cómo tantos mamíferos yerguen la cabeza, asiento de los sensores visuales, auditivo y olfativo, en el alerta. El hombre adoptará así la posición corporal erecta, lo cual supone, a más de liberar dos extremidades y en ellas aguzar el tacto, la cabeza erguida y no semicolgante. ¿Qué se ha ganado?

Una mejor disposición anatómica para el alerta permanente, y ya se sabe: disminuir en el enemigo la ventaja de la sorpresa es buena parte de la defensa.

Y así de seguido. La mano, extremidad ya de uso diferenciado, sirve para asir. Habrá pues que desarrollar esa tendencia en sentido humanoide: no ya las ramas de los árboles para desplazarse impulsando el cuerpo hacia arriba y adelante, sino, venidos grupos de primates a tierra, asir las herramientas.

El psiquismo del primate fue haciéndose más complejo. Ello significó una mayor y más continua corriente dirigida hacia los centros del cerebro, requiriendo de la capacidad craneana en expansión, habitat para nuevas series de neuronas. Fue el camino de la inteligencia humana. No hacía sino cubrir los primeros tramos y ya generaba específicas exigencias. Un nuevo tipo de lenguaje articulado, era el instrumento idóneo para vertir un pensamiento complejo, de más en más tendiendo a las representaciones y a la asociación de éstas.

Tal cual el hombre echó mano de la mano, valga la redundancia, hizo lo propio con las cuerdas vocales, heredaba ambas del primate. Y en este sentido las cuerdas vocales, no menos que la mano, están en la génesis de los instrumentos de trabajo. Una herramienta (un cuchillo de piedra) se asocia a la palabra, a saber: la herramienta es corporización de ideas (necesito cortar) como la palabra es representación de ideas (necesito informar que he cortado, necesito enseñar cómo se corta o cómo se corta mejor). El objeto es el objeto mudo, la palabra es el objeto comunicado a los semejantes, y ambos, objeto (donde se inscribe la herramienta) y

lenguaje (donde acabará inscribiéndose la palabra) responden a idéntico requerimiento del hombre: transformar el entorno a su medida.

Trabajo, relación social, búsqueda de nueva posición corporal, capacidad craneana y cerebro en expansión, psiquismo (sin excluir la capacidad de acumular experiencia y de transmitirla a través del aprendizaje), lenguaje... viejos conocidos, sufren sin embargo, algo que les altera: una convergencia de aceleraciones. ¿Es la ruptura de la condición animal? Ya lo es. Cada factor, aislado, poco gravita. El conjunto, esa convergencia dada sobre ciertos primates arroja un producto nuevo. Para decirlo hegelianamente, lo cuantitativo en lo cualitativo. Estamos, de todos modos, a mitad de camino. La especie en vías de definición, espera por rasgos donde quede lo específicamente humano.

¿Pienso, luego existo? Trabajo, luego cuento socialmente

¿Es autónoma la subjetividad? La respuesta es también histórica y cae dentro del contexto que tratamos, el proceso de hominización o puente tendido a partir de la posición corporal erecta... y que ahora nos lleva a la conciencia de sí. Esta incorporación de la subjetividad en grado de pensarse culminará a nuestro entender con la adquisición de la conciencia de la muerte por parte del hombre primitivo. Pero otros pasos serán antes dados.

Y bien, contamos con el nuevo espécimen "terminado" desde el punto de vista anatomo-fisiológico. ¿Qué nos falta? Que vaya revelándose a través de comportamientos, y esto llegará antes que nada con el trabajo. El hombre se descubre bajo nueva luz a través de los intermediarios que le proporcionan el acceso a su entorno, esto es, las herramientas.

De donde el trabajo asume un papel decisivo: armado de las herramientas es cómo el hombre se desgarrá de la naturaleza, se vuelve contra ella. Para transformarla a su medida, hay un único

medio posible, la actividad complementaria de manos, lenguaje e inteligencia. El acceso al entorno es eminentemente activo, transformador no sólo del entorno sino del psiquismo. Es un reflujo. La inteligencia es exigida por sus logros que exigen mayores logros; ella vuelve hábiles las manos, las lleva a moverse según un plan mientras acelera la disposición para el lenguaje articulado.

De simple manipulador de objetos, tal cual la naturaleza los presenta, el hombre primitivo pasa a un grado superior: la fabricación de herramientas, ese filo que de un trozo de roca hará un idóneo instrumento cortante. Y la inteligencia no cesará en su carrera. La conciencia de sí... ¿dónde se hace patente? En el ceremonial de inhumación detectado en época relativamente reciente, unos cincuenta mil años atrás, marca una nueva pauta. Por primera vez el hombre repara en el hecho de la muerte, y le rinde culto.

Tal vez constituya el adiós a la condición animal. Allí donde se alcanza que la muerte se resuelve por el contrario: la vida. Experimentar la una es experimentar la otra: sólo puede morir lo que vive. La ruptura... advertir que esa ruptura sea la contrapartida necesaria de lo que se es, significa un paso en el proceso de adquisición de la conciencia de sí y el pasaporte definitivo al reino mental de los universales.

El discurso del hombre primitivo, de la subjetividad rastreada en sus oríge-



Nahum B. Zenil,
Retrato de boda,
1988

nes, muy poco recuerda el discurso cartesiano. Más bien suena así: trabajo, luego soy. Dentro de ese discurso cabe una versión nueva: muero, luego vivo, luego soy. De larga data el hombre se había descubierto como unidad: fabricando y manipulando las herramientas de trabajo, cuyo uso se compartía al seno de la horda.

No unidad a secas, sino unidad de trabajo, es decir, de signo más. Cada miembro de la horda adquiere un valor ante el resto, es el aliado en la lucha contra el medio hostil, y ésta concierne a todos por igual. Ahora frente a la muerte el mecanismo se invierte. El hombre se advierte unidad de signo menos. Ese de menos, la pérdida del aliado, le lleva a culminar la conciencia de sí y adquirir el hombre la noción de su fin.

Las tumbas del hombre primitivo —y la idea que conduce a crear con ellas el ceremonial de inhumación y el culto a la muerte— nada tienen que ver con las tumbas de nombre y apellido que burguesamente tienen reservado un lugar en los cementerios. Tienen que ver más bien con la del soldado desconocido: dado de baja en acción de guerra.

Guerra contra el medio hostil y contra el hambre, tal el hombre primitivo. Sus armas: arco y flecha para la caza, arpón para la pesca, un palo para descargar sobre el tronco del árbol —y de una vez hacerse de sus frutos en lugar de tomarlos uno a uno a la manera del primate—, cuchillo de piedra para descamar o despellejar la presa. El fuego naturalmente vendrá en su ayuda. Y todo para volverse en contra de otra horda cuando una misma fuente de subsistencia cae en disputa.

El proceso de adquisición de la conciencia de sí se nutre en la muerte del otro, y esa muerte involucra a todos por igual. El hombre es a condición de un conjunto y en esa medida cuenta. Nadie en particular sino todos, la conciencia colectiva, rinde el ceremonial de inhumación y no se resigna a la pérdida, coloca en el vacío sentido la preocupación trascendental: junto al muerto

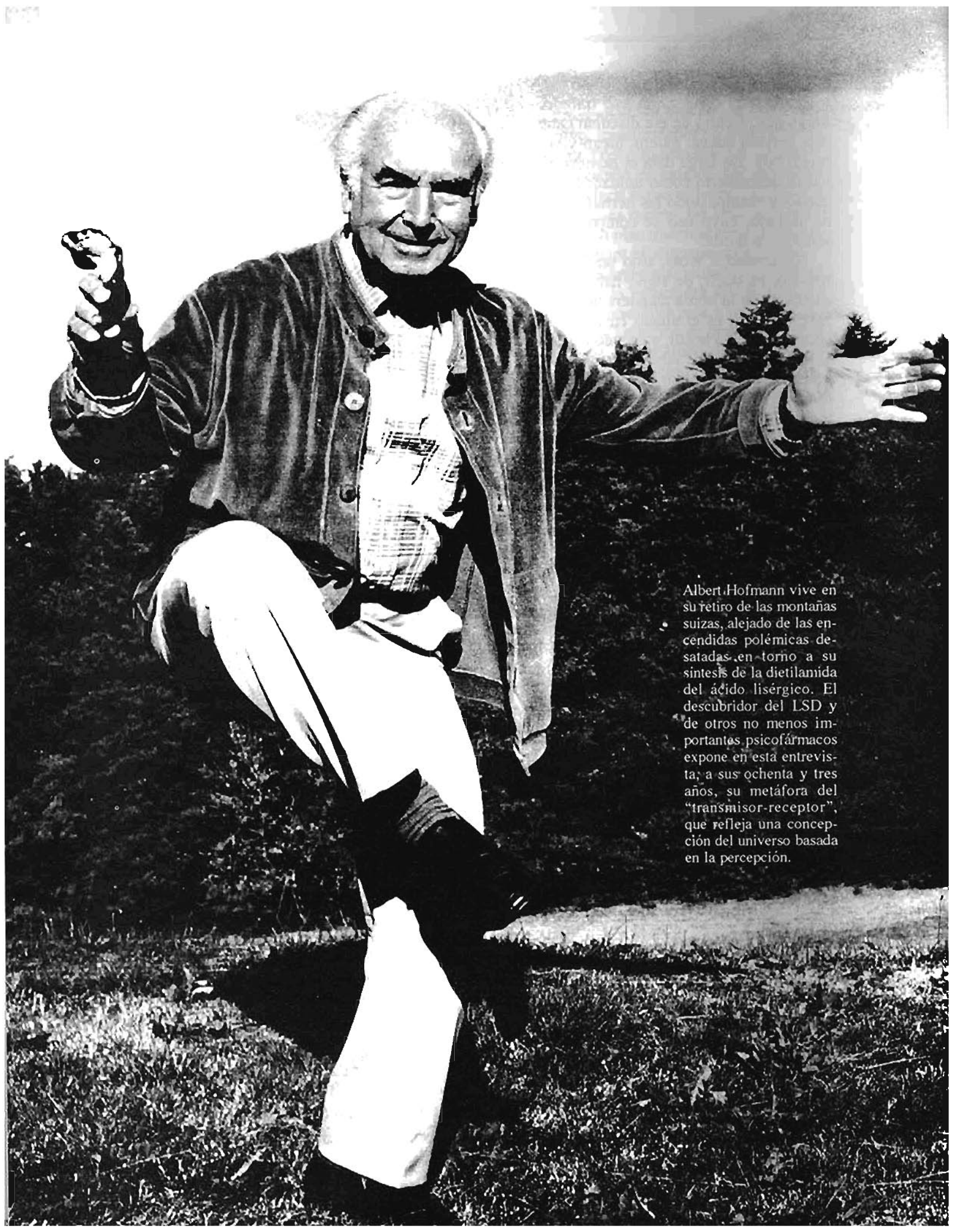


comienza a dejar adornos, armas, utensilios de que éste se sirviera en vida.

He aquí que el muerto hace caso omiso de la deferencia, no por ello cesa el culto, esos objetos le servirán en un más allá inasequible a los del más acá, pues la ruptura de la muerte es sólo relativamente aceptada. El aliado desaparece entre nos, los de la horda, pero en otro lugar le recobramos cuando sigamos tras sus huellas.

Es parte de la conciencia de sí ahora escindida, resuelta en un dualismo; el yo de lo real, el yo transferido. Cae bajo este concepto la religiosidad vista bajo el signo de los dioses y en sus formas más antiguas: animismo, tótem, tabú, ceremonias, pinturas rupestres u otros actos propiciatorios; así, en las paredes de las cavernas se disputa un venado cercado por cazadores, compañeros de horda. Es lo que se quiere que ocurra mañana en la jornada de caza. El deseo es tan fuerte que se cree propiciar el acto en su imagen previa; ésta se independiza de lo real y, dotada de lo mágico, se vuelve contra lo real con la orden: sométete al hombre.

En tanto la revuelta contra el hambre, patrono de la muerte, no pueda ser resuelta sobre la tierra, la mirada terminará elevándose a los cielos: allá tal vez las presas de caza, los peces y los frutos se prodiguen. Y para poblar ese otro mundo, cuyo gobierno escapa a las manos, la inteligencia convocará a los dioses. ¿Quiénes sino ellos serían capaces de proporcionar bienes inagotables?



Albert Hofmann vive en su retiro de las montañas suizas, alejado de las encendidas polémicas desatadas en torno a su síntesis de la dietilamida del ácido lisérgico. El descubridor del LSD y de otros no menos importantes psicofármacos expone en esta entrevista, a sus ochenta y tres años, su metáfora del "transmisor-receptor", que refleja una concepción del universo basada en la percepción.